
TIEMPO DE MEMORIA

Danny Orbach

LAS CONSPIRACIONES CONTRA HITLER



TUSQUETS
EDITORES

DANNY ORBACH
LAS CONSPIRACIONES CONTRA HITLER

Traducción de Francisco García Lorenzana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Plots Against Hitler*

1.ª edición: septiembre de 2018

© Danny Orbach, 2017

© de la traducción: Francisco García Lorenzana, 2018
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-563-3
Depósito legal: B. 16.289-2018
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos	11
Nota sobre los rangos militares	15
Introducción	17
1. Oposición en llamas	25
2. «¡Esa maldita yegua!»: el escándalo del alto mando del Ejército	41
3. El oficial, el alcalde y el espía	47
4. «Con los colores más oscuros»: la decisión del general Beck	63
5. El pájaro y su jaula: el primer intento de golpe de Estado, septiembre de 1938	69
6. Sin red: el asesino solitario	99
7. El punto de no retorno: pogromo y guerra	115
8. El espíritu de Zossen: cuando fallan las redes	129
9. Señales en la oscuridad: reconstruyendo la conspiración	141
10. En alas del pensamiento: redes imaginarias	147
11. Agentes en el frente: la nueva estrategia	165
12. Guerra de exterminio: los conspiradores y el Holocausto	173
13. «Blitz» y botellas de licor: intentos de asesinato en el este	181
14. Nombre en clave U-7: rescate y abismo	201
15. El conde Stauffenberg: el giro carismático	223
16. Tú debes matar: el problema del tiranicidio	249
17. Una rueda conspirativa: la época Stauffenberg	257

18. El momento decisivo: 20 de julio de 1944.....	285
19. La camisa de Neso.....	323
20. Motivos en la penumbra.....	355
21. Redes de resistencia.....	373
Epílogo.....	383

Apéndices

Notas.....	389
Bibliografía selecta.....	449
Índice onomástico.....	465

[Fotografías] *[256-257]*

El 30 de enero de 1933, la víspera de la toma del poder por parte de los nazis, seguía sin estar claro si Hitler y los nacionalsocialistas podrían gobernar Alemania sin un enfrentamiento violento. Los dos partidos de la oposición antinazi, los comunistas y los socialdemócratas, seguían teniendo extensas redes de activistas, muchos de ellos armados. Agrupaban a millones de seguidores fieles, clubes y sindicatos, y hombres jóvenes más que suficientes que estaban dispuestos a luchar. Al cabo de un año, todas estas redes de oposición aparentemente formidables habían desaparecido, consumidas por el fuego.

La noche del 27 de febrero de 1933, dos transeúntes y un policía paseaban cerca del Reichstag, la impresionante sede del Parlamento alemán en Berlín, cuando algo inesperado les llamó la atención. Una luz, un parpadeo extraño, bailaba detrás de las ventanas, seguido de una sombra que se movía con rapidez. El policía supo inmediatamente que estaba presenciando un incendio provocado y pidió refuerzos. La policía entró en grupo en el Reichstag, avanzando a través de una pantalla de humo negro y espeso. Con rapidez, descubrieron al misterioso asaltante que se escabullía de una habitación, medio desnudo, cubierto de sudor, con el rostro rojo como un tomate y el pelo alborotado. El pasaporte que llevaba encima indicaba que su nombre era Marinus van der Lubbe, un ciudadano holandés. Había utilizado su camisa y una lata de gasolina para provocar el incendio. Al preguntarle por las razones, respondió: «¡Protesta! ¡Protesta!».¹

Pocos de los muchos berlineses que fueron testigos horrorizados de las llamas podían imaginar que el nuevo canciller

del Reich, Adolf Hitler, iba a utilizar el incendio como excusa para destruir todas las redes, organizaciones y partidos de la oposición en Alemania. El canciller, que había sido nombrado sólo un mes antes, el 30 de enero, destruyó en menos de un año los partidos políticos de todas las tendencias, la autonomía del Estado alemán y el poder de los sindicatos. La oleada de cambios también barrió al funcionariado civil, el sistema judicial, las escuelas y las universidades, y, lo que es aún más importante, el Ejército. A finales de 1934, Hitler y su partido nazi eran los únicos amos de Alemania, y no encontraban ningún obstáculo eficaz de una oposición activa o potencial.

Los políticos del nuevo régimen llegaron con rapidez al edificio en llamas. El primero de ellos fue Hermann Göring, uno de los paladines de Hitler y presidente del Reichstag. El comandante de los bomberos le presentó un informe sobre los trabajos infructuosos de extinción del fuego, pero Göring estaba más interesado en extinguir otra cosa. «Los culpables son los revolucionarios comunistas», afirmó. «Este acto es el inicio del levantamiento comunista, que es preciso aplastar inmediatamente con puño de hierro.» Hitler y su jefe de propaganda, Josef Goebbels, no le iban a la zaga. «A partir de este día», declaró el nuevo canciller, «cualquiera que se interponga en nuestro camino será aplastado. El pueblo alemán no comprenderá la indulgencia. Hay que colgar esta misma noche a los diputados comunistas.»²

El Reichstag, una de las últimas reliquias de la moribunda República de Weimar, quedó reducido a una carcasa ennegrecida. La alarma cundió por todo el país, alimentada por los titulares sensacionalistas de los periódicos matutinos. «CONTRA ASE-SINOS, INCENDIARIOS Y ENVENENADORES SÓLO PUEDE HABER UNA DEFENSA RIGUROSA», decía uno de ellos. «CONTRA EL TERROR, CASTIGO CON LA PENA DE MUERTE.» La alarma se convirtió pronto en histeria. «Querían enviar grupos armados a los pueblos para asesinar e incendiar», anotó en su diario Luise Solmitz, una maestra de escuela conservadora.³ «Así que los comunistas han quemado el Reichstag», escribió Sebastian Haffner, un joven jurista y uno de los pocos escépticos que quedaban:

Podría ser así, incluso era lo que cabía esperar. Sin embargo, resulta curioso que escogieran el Reichstag, un edificio vacío, donde nadie se podría beneficiar del fuego. Bueno, quizá se pretendía que fuera realmente la «señal» para el levantamiento, que ha sido evitado por las «medidas decisivas» emprendidas por el Gobierno. Eso era lo que decían los periódicos, y sonaba plausible. También resulta curioso que los nazis se indignaran tanto por el Reichstag. Hasta entonces lo habían llamado con desprecio una «fábrica de cháchara». Ahora de repente se ha convertido en el santasantórum que han quemado [...]. Lo principal es que se ha evitado el peligro de un levantamiento comunista y podemos dormir tranquilos.⁴

Ni el Gobierno ni los comunistas dormían tranquilos. En vísperas del incendio del Reichstag, Hitler aún tenía que ganarse el apoyo de la mayoría de los alemanes. El Partido Nacional-socialista estaba aún muy lejos de una mayoría en el Reichstag. Los partidos de la oposición de izquierdas, los socialdemócratas y los comunistas, seguían teniendo un gran poder político.⁵ Ahora, los nazis usaron el miedo a los rojos para unir a su causa a gran parte de la población alemana. Muchas personas, aunque no simpatizaban con Hitler y sus ideas radicales, empezaron a pensar en él como el mal menor. Otros, en especial los seguidores de la derecha nacional conservadora, se volvieron hacia el líder nazi como un redentor. La maestra Luise Solmitz, aunque casada con un judío converso, fue una de ellos. «Los sentimientos de la mayoría de los alemanes están dominados por Hitler», confirmó en su diario. «Su fama crece hasta las estrellas. Es el salvador de un mundo triste y malvado.»⁶ Los temores de la población fueron explotados para lanzar una campaña medio planeada y medio improvisada con el fin de lograr una subyugación política, cultural e ideológica total de Alemania. Huelga decir que la atmósfera cargada hizo que fuera más fácil neutralizar todos los centros de poder desde los que pudiera surgir una oposición potencial.

¿Quién quemó realmente el Reichstag? ¿Se trató de un montaje nacionalsocialista o fue responsable Van der Lubbe, un

lunático solitario? Los estudiosos han debatido esta cuestión desde siempre.⁷ En cualquier caso, los nazis fueron los únicos ganadores. Cuando formaron gobierno, sólo exigieron dos carteras además de la cancillería: el Ministerio de Asuntos Interiores del Reich y el ministerio correspondiente en Prusia, el estado alemán más grande e importante. Sabían lo que estaban haciendo. Estos dos ministerios les daban el control total de la policía, la policía secreta y el aparato de seguridad interior del Reich. Utilizando el poder que acababan de adquirir, emprendieron la tarea de destruir la oposición desde sus raíces a través de la propaganda, atrayendo a los alemanes que aún no eran nazis convencidos, y aterrizando a los miembros restantes de la oposición.

La resistencia se volvió aún más peligrosa. Uno de los padres fundadores del movimiento de resistencia alemán, Hans Bernd Gisevius, escribió más tarde con amargura: «¿Fue sólo el Reichstag? ¿No ardía todo Berlín?».⁸ La campaña para eliminar a la oposición y sus instituciones formó parte de un proceso más amplio, que más tarde se llamó *Gleichschaltung* (unificación). Su intención era conseguir el control total de la sociedad alemana inyectando la ideología nacionalsocialista en todos los aspectos de la vida, acompañado por zanahorias lucrativas para los colaboradores y palos muy duros para cualquiera que se atreviera a resistir.

El 28 de febrero, un día después del incendio del Reichstag, se rompieron las barreras constitucionales. El nuevo Gobierno aprobó unos decretos de emergencia «para la protección del pueblo y del Estado», que le permitían interceptar cartas, telegramas y llamadas telefónicas, y restringir la libertad de expresión y de prensa. Más importante aún fue la suspensión del derecho de *habeas corpus*, de manera que los enemigos del régimen ni siquiera podían esperar un trato justo ante la ley.

Las primeras víctimas fueron los comunistas. Los nazis les acusaban del incendio y ordenaron el arresto del jefe de su grupo en el Reichstag. En unas pocas semanas el partido se desintegró: se cerraron sus periódicos, se prohibieron sus organizaciones y todos los líderes fueron detenidos. La fuerza

comunista, considerada una amenaza mortal por muchos alemanes, quedó paralizada. Con sus filas desorganizadas, casi no ofrecieron resistencia. Su rápida desaparición sorprendió por igual a sus seguidores y a muchos alemanes ordinarios; en su momento la habían considerado una fuerza revolucionaria armada y violenta. En cambio, nadie esperaba nada similar de los socialdemócratas. Haffner escribió:

Se podía esperar un ataque comunista. Los comunistas eran gente decidida, con expresiones feroces. Levantaban el puño como saludo y tenían armas, al menos usaban pistolas con frecuencia en las peleas diarias en los bares. Alardeaban continuamente sobre la fuerza de su organización y es probable que hubieran aprendido a hacer «esas cosas» en Rusia. Los nazis habían dejado claro a todo el mundo que los querían destruir. Era natural, e incluso obvio, que los comunistas contraatacarían.⁹

Pero no hicieron nada por el estilo.

¿Por qué el Partido Comunista desapareció con tanta rapidez a pesar de sus amplios preparativos para realizar acciones violentas contra la democracia y el fascismo? Peter Hoffmann afirma que sus líderes estaban atrapados por su propia ideología dogmática.¹⁰ Ellos y su jefe, el líder soviético Iósif Stalin, creían que el auge de los nazis no era nada más que los estertores de muerte de la burguesía liberal, es decir, la República de Weimar. El Partido Comunista, afirmaba un diplomático ruso en Berlín a Friedrich Stampfer, editor del periódico socialdemócrata *Vorwärts*, seguramente acabaría asumiendo el Gobierno, pero sólo después de que Hitler hubiera destruido la democracia para desbrozar el camino.¹¹ Esta falsa confianza provocó que los comunistas tomaran decisiones desastrosas, sobre todo su negativa a unirse a los socialdemócratas en un frente antinazi. Finalmente, las predicciones del Partido Comunista de una revolución popular no se materializaron, y sus políticos fueron sorprendidos por un rival decidido y previsor. Como partido, dejaron de existir.

El Partido Socialdemócrata, conocido como el principal rival de los nazis y el apoyo político más fuerte de la Repúbli-

ca de Weimar, también quedó paralizado, aunque por razones muy diferentes. Sus líderes estaban obsesionados con la «legalidad», si bien sus rivales pisotearon todas las leyes en su lucha por el poder absoluto. De alguna manera, los líderes socialdemócratas creían que les protegerían la policía, los tribunales, el Estado, alguien. Lo creyeron hasta que fue demasiado tarde.

El Partido Socialdemócrata no había sido siempre tan letárgico. Durante el tormentoso año de 1920, en respuesta a un golpe de Estado monárquico dirigido por el político conservador Wolfgang Kapp, el partido movilizó a los trabajadores en una huelga general. La protesta masiva obligó a Kapp y a sus seguidores a entregar el poder y en la práctica restauraron la República de Weimar. Pero en 1933, después del incendio del Reichstag, los líderes socialdemócratas no convocaron una huelga general, el arma más efectiva que tenían. En su lugar, optaron por contemporizar, para no dar «excusas» al Gobierno para que prohibiera sus actividades, como si los nazis las necesitasen.

Los nacionalsocialistas, mientras tanto, seguían adelante con sus planes. En marzo, usando la crisis para aumentar su control sobre el Estado, aprobaron la llamada Ley Habilitante, que les permitía legislar sin la aprobación parlamentaria. Dicha ley, cuidadosamente redactada, sentó la base legal para la futura dictadura del Tercer Reich. Los partidos del centro y de la derecha decidieron, estúpidamente, votar a favor de la ley. Como aún no conocían bien a Hitler, creyeron que esto les daría crédito ante los nazis para sobrevivir. Hitler hizo personalmente todo lo que pudo para convencerles: les prometió que el poder que acababa de conseguir sólo lo utilizaría en contadas ocasiones, contra una revolución comunista y únicamente después de las debidas consultas con el presidente. Aun así, le seguía faltando la mayoría parlamentaria de dos tercios, que era necesaria para aprobar la nueva ley. Los comunistas y los socialdemócratas seguían teniendo una mayoría de bloqueo. Pero los nazis no se iban a detener ante semejante menudencia. El 5 de marzo todos los diputados comunistas fueron arrestados. Göring, presidente del Reichstag, dejó claro que si era

necesario los socialdemócratas serían retenidos fuera de la cámara para asegurar el número necesario de votos.

Los diputados de izquierdas que consiguieron entrar en el hemiciclo provisional del Reichstag, ubicado en el teatro de la ópera de Berlín, descubrieron una atmósfera que estaba muy lejos de ser amigable. Las SA, la milicia privada del partido nazi, llenaba las galerías e intimidaba a los diputados con gritos, abucheos y cánticos. Aun así, los socialdemócratas no se rindieron. Su líder, Otto Wels, pronunció el canto del cisne de la izquierda parlamentaria en Alemania. «Nosotros, los socialdemócratas alemanes», dijo, «nos adherimos a los principios de la humanidad y la justicia, la libertad y el socialismo. Ninguna ley habilitante les dará el poder de destruir estos valores eternos e indestructibles.»¹² Hitler no se sintió impresionado: «¡Llegáis tarde, pero aun así venís! [...]. Ya no os necesita nadie [...]. La estrella de Alemania se alzará y la vuestra caerá. Vuestras campanas de muerte ya están repicando [...]. No estoy interesado en vuestros votos. Alemania será libre, pero no a través de vosotros».¹³

De hecho, las campanas de muerte del Partido Socialdemócrata ya estaban repicando ante los aplausos y los vítores de sus rivales. El 22 de junio de 1933, el ministro nacionalsocialista del Interior Wilhelm Frick declaró que el partido era «un enemigo del Estado y de la nación» y ordenó su disolución inmediata. El partido más grande de la izquierda alemana dejó de existir.

Los partidos del centro y de la derecha no sufrieron una suerte mejor, a pesar de su colaboración previa con Hitler. El 21 de junio la policía y las fuerzas de las SA asaltaron los cuarteles generales del Partido Nacional del Pueblo Alemán. El líder del partido, Alfred Hugenberg, era un aliado político de Hitler y compartía muchas de sus opiniones ultranacionalistas, imperialistas y antisemitas. Incluso sirvió como ministro de su gabinete. Pero los nazis no mostraron piedad con la persona cuya estrecha colaboración les ayudó a conseguir el poder. El partido fue obligado a disolverse y el 26 de junio Hugenberg dimitió del Gobierno. Una semana más tarde, el 4 y el 5 de

julio, también los dos partidos católicos fueron obligados a disolverse. Su destino quedó sellado el 14 de julio, cuando el Gobierno publicó el siguiente decreto, que convertía a Alemania oficialmente en un Estado de partido único: «El Partido Nacionalista de los Trabajadores Alemanes es el único partido político en Alemania. Cualquiera individuo que pretenda formar la organización de otro partido político, o establecer otro partido político, será encarcelado durante un periodo de hasta tres años, o detenido de seis meses a tres años».¹⁴

Ése fue el final de los partidos políticos, la fuente más natural y más importante de oposición legal en Alemania. La *Gleichschaltung*, no obstante, no se detuvo aquí. Ahora Hitler se volvió hacia los otros centros de poder nacional y los barrió sin resistencia.

Este resultado no era obvio desde el principio. Alemania tenía una fuerte tradición regionalista, que se remontaba a la época anterior a la unificación. Antes de 1871, los territorios de habla alemana estaban divididos en numerosos principados independientes con su propia moneda, Gobierno y Ejército. Cuando estos principados veían la necesidad, muchos de ellos no dudaban en luchar entre ellos o en formar alianzas con potencias extranjeras. Algunos, como Prusia, tenían la consideración de potencias mundiales. Después de la unificación, con Bismarck, el imperio alemán recién formado no abolió los principados, sino que los agrupó bajo su autoridad política. Incluso en 1918, cuando una oleada revolucionaria recorrió los principados y los convirtió en repúblicas, la estructura federal del país se mantuvo intacta y estos estados retuvieron los gobiernos locales. Uno de ellos, Baviera, había estado a punto de separarse a principios de la década de 1920.

Ahora las cosas eran diferentes. Los gobiernos locales se sometieron al régimen, pero fueron eliminados uno detrás de otro. En lugar de primeros ministros electos, los nuevos gobernantes nombraron gobernadores nacionalsocialistas (*Gauleiter*), que no respondían ante sus instituciones sino sólo ante el partido nazi en Berlín. Sólo Baviera, el estado católico meridional, con su fuerte identidad local, resistió, antes de que un golpe

resolviera el problema. Los milicianos nacionalsocialistas, en estrecha colaboración con la policía, asaltaron el despacho del ministro local, el doctor Heinrich Held. Held fue destituido y sustituido por uno de los lugartenientes de Hitler. Ahora, también Baviera quedaba integrada en la *Gleichschaltung*.

Los sindicatos, que agrupaban a millones de militantes de todo el Reich, también se desvanecieron con rapidez. Para sorpresa de algunos de sus militantes más ardientes, el escenario de 1920 no se volvió a repetir y ni siquiera se consideró una huelga general contra el nuevo régimen. Los líderes sindicales creían que al no oponerse a Hitler conseguirían un *modus vivendi* con el régimen. Por eso, compitieron entre ellos para declarar la lealtad más fervorosa a Hitler. No les sirvió de nada. El liderazgo nazi no toleraba centros de poder que pudieran competir con ellos, y mucho menos si antes habían estado aliados con la izquierda.

En este caso, los nazis recurrieron a un ardid. Hitler declaró el 1 de mayo, día del Trabajo, una festividad nacionalsocialista, e invitó a los sindicatos a que lo celebrasen junto al partido. Los festejos fueron bulliciosos, con una manifestación impresionante organizada por los nacionalsocialistas y los sindicatos. Años más tarde, el activista comunista Franz Jung se lamentaba del hecho de que sus camaradas y él marcharon «bien prietos rodeados por las SA, las SS y las Juventudes Hitlerianas». Una imagen ideal de la armonía de clase.¹⁵

El ardid funcionó como estaba planeado. Los líderes sindicales se sintieron arropados y seguros, antes de recibir la sorpresa mortal al día siguiente. Aún no se habían apagado los ecos del bullicio de la manifestación cuando los sindicatos sufrieron un ataque total en todos los frentes. Sus oficinas fueron asaltadas, la documentación requisada y los que en realidad habían intentado demostrar su lealtad al nuevo régimen fueron conducidos diligentemente a campos de concentración. Con los sindicatos eliminados, los trabajadores alemanes quedaron rápidamente sumergidos en el torbellino de la *Gleichschaltung* y reagrupados en una organización nazi de alcance nacional llamada Frente del Trabajo.

Otros centros de poder también fueron neutralizados con facilidad. A partir del 7 de abril de 1933, los ministerios gubernamentales fueron purgados de judíos e indeseables políticos. También se desarrollaron purgas generales en tribunales, fuerzas policiales, escuelas y universidades. La mayoría de los intelectuales ni siquiera intentaron protestar a favor de sus colegas destituidos. En realidad, muchos de ellos, incluidas algunas celebridades como el filósofo Martin Heidegger, cerraron filas con el nuevo régimen. La resistencia también fracasó en los círculos industriales, económicos y financieros. Después de superar algunos recelos iniciales, los principales industriales, hombres de negocios y financieros se dispusieron con rapidez a conseguir un trozo del pastel. Hitler y sus colegas más próximos sabían cómo seducirlos: la prohibición de huelgas y sindicatos, la suspensión del impopular régimen democrático y, lo que era más importante, el rearme a gran escala, que tenía el potencial de unos beneficios enormes.

«No se puede negar que ha crecido. Sorprendentemente para sus oponentes, el demagogo y líder partidista, el fanático y el agitador parece que se ha transformado en un estadista de verdad.» Ésa era la entrada del 21 de marzo en el diario del novelista Erich Ebermayer, que no era en absoluto un nazi.¹⁶ No estaba solo. Muchos alemanes estaban encantados por el carisma de Hitler y encontraron su puesto entre las masas que marchaban a favor de la *Gleichschaltung*. El 12 de noviembre de 1933, se celebraron de nuevo elecciones generales. La participación fue masiva, alcanzando más del 95 por ciento. Sólo se permitió que se presentase el Partido Nacionalsocialista, de manera que Hitler «ganó» de calle: el 92,11 por ciento votó por él, con sólo un 7,89 por ciento que se atrevió a disentir o abstenerse.¹⁷ Estas elecciones se celebraron, por supuesto, bajo condiciones dictatoriales, sin competidores y estuvieron mediatizadas por una enorme propaganda gubernamental. Tampoco se aseguró el secreto del voto. Aun así, la participación masiva sugiere que la mayoría de los alemanes simpatizaban con el nuevo régimen.

Hitler y sus consejeros evitaron sabiamente algunas trampas obvias. Cuando se enfrentaron a las exigencias de los nazis radicales para que emprendieran una segunda revolución social, el canciller se negó en redondo, lo que era una manera muy efectiva de ganarse el apoyo de la clase alta, temerosa de la revolución. Esto fue especialmente cierto en el Ejército. Esta organización, orgullosa y profundamente conservadora, tenía una larga tradición de autonomía y de reclamar poder político. Muchos la veían como una fuerza independiente y el único refugio ante las ilegalidades nazis. No obstante, desde el principio fue evidente para los observadores perspicaces que eso sólo era una ilusión. A diferencia de los socialdemócratas y los comunistas, el Ejército no era un rival sino un aliado del régimen nazi. Es cierto que algunos de sus comandantes de mayor rango veían con desagrado las barbaridades de Hitler, pero aun así estaban dispuestos a colaborar con él. Los rangos más altos de la Reichswehr (que más tarde pasó a denominarse Wehrmacht) tenían la esperanza de un compromiso con el régimen, dirigido por Hitler, pero dominado por ellos. La mayoría de los soldados jóvenes eran leales al régimen, como gran parte de la juventud alemana. Incluso los oficiales más veteranos empezaron, en un número cada vez mayor, a abandonar la precaución dominante para convertirse en nazis acérrimos. Los disidentes fueron en su mayoría silenciados u obligados a retirarse. El más destacado de ellos fue el general Kurt von Hammerstein, el comandante en jefe y rival implacable de Hitler. En 1934, un grupo de oficiales aún intentó oponerse a la incorporación de la teoría racial en la reglamentación militar, pero su resistencia se desvaneció con rapidez. El Ejército se sometió lenta pero inevitablemente al liderazgo de Hitler.

La alianza con el Ejército quedó sellada en junio de 1934, cuando Hitler decidió eliminar a su propia milicia, las SA. Los líderes de esta organización violenta no ocultaban sus intenciones de eliminar a la odiada oficialidad aristocrática y constituir en su lugar un Ejército popular nacionalsocialista. Los generales no podían soportar durante mucho tiempo semejante amenaza. Al final, Hitler tuvo que escoger un bando, y lo hizo. En

un estallido de crueldad aterradora, que se conoció más tarde como la Noche de los Cuchillos Largos, Hitler ordenó que se masacrara a todos los mandos de las SA. También fueron asesinados numerosos conservadores oponentes al régimen, entre ellos dos oficiales superiores: el antiguo canciller del Reich general Kurt von Schleicher y el oficial de inteligencia general de división Ferdinand von Bredow. Pero esto no impidió que la jefatura militar lo celebrase y los dos jefes militares principales del país, el comandante en jefe, general Werner von Fritsch, y el jefe del Estado Mayor, general Ludwig Beck, ni siquiera presentaron una protesta. La victoria del Ejército fue, por supuesto, ilusoria. Las SA fueron apartadas para favorecer a las SS, el Ejército de elite del Partido Nacionalsocialista. Estaba más organizado y a largo plazo representaba una amenaza mucho mayor para el Ejército.

Para mostrar su gratitud por la eliminación de sus rivales de las SA, algunos generales, encabezados por el ministro de la Guerra, mariscal de campo Blomberg, propusieron que a partir de entonces todos los soldados jurasen lealtad no sólo a la nación y al Reich sino personalmente a Hitler. (A partir de 1934, ejerció las funciones de canciller y presidente, y se le llamaba simplemente Führer, el líder.) Y así fue: «Juro por Dios este sagrado juramento, que debo obediencia incondicional al Führer del imperio y del pueblo alemán, Adolf Hitler, comandante supremo de la Wehrmacht, y que como un soldado valiente estaré preparado en cada momento para defender este juramento con mi vida».¹⁸

También se inició un giro pronazi en la clase obrera, que tradicionalmente había sido el pilar del Partido Socialdemócrata y del Partido Comunista. El aumento del gasto público por parte del Gobierno, los monumentales proyectos públicos y el rearme provocaron una caída sustancial del desempleo. Aunque las huelgas estaban prohibidas y los sueldos congelados, pocos pasaron hambre como durante los últimos años de la República de Weimar.¹⁹ El organismo nacionalsocialista Fuerza a través de la Alegría (Kraft durch Freude) organizaba vacaciones, excursiones y acontecimientos deportivos y culturales para trabajadores

y funcionarios. Una creciente maquinaria propagandística difundía la doctrina nazi en escuelas, universidades y centros de trabajo, y en los periódicos y en el cine. Muchos se la creyeron. En sus memorias, Sebastian Haffner describe estas tentaciones:

El efecto [de la propaganda] se veía intensificado por la manera en que uno estaba permanentemente ocupado y distraído por una secuencia interminable de celebraciones, ceremonias y festividades nacionales [...]. Había desfiles multitudinarios, fuegos artificiales, tambores, bandas y banderas por toda Alemania, la voz de Hitler a través de miles de altavoces, juramentos y promesas [...]. El vacío colosal y la falta de significado de estos acontecimientos no era de ninguna manera accidental. La población debía acostumbrarse a celebrar y vitorear, aunque no existiera ninguna razón visible para hacerlo. Era razón suficiente que la gente que se distanciaba de manera demasiado obvia, *ichsss!*, era torturada día y noche hasta la muerte con látigos de acero y descargas eléctricas.²⁰

La otra cara del *Volk* felizmente unido era «el Judío», la eterna bestia negra del Partido Nacionalsocialista. Esta minoría relativamente impopular fue señalada como el enemigo contra el que debía unirse la nación recién formada. Pero las cosas no se desarrollaron con facilidad desde el principio. Por ejemplo, la colaboración de la población en el boicot antijudío del 1 de abril de 1933 fue limitada, a pesar de la propaganda venenosa del Gobierno y de los órganos locales del partido nazi.²¹

No obstante, el impacto de la propaganda antijudía, que catalizó sentimientos antisemitas que ya existían, fue creciendo, en especial entre las generaciones más jóvenes. De hecho, se trataba de una parte esencial de la «unidad» de la colectividad forjada por el régimen. Sebastian Haffner, que en esa época salía con una chica judía, recuerda que durante el día del boicot estuvo paseando con ella por un bosque cerca de Berlín. De camino se encontraron con algunos grupos de escolares acompañados por sus maestros:

Cada una de estas clases, al pasar, nos gritaba «*Juda verrecke!*»* con sus voces sonoras, como si fuera una especie de saludo entre caminantes. Es posible que no estuviera dirigido a nosotros en particular. Yo no tengo en absoluto aspecto judío, y Charlie (que era judía) tampoco parecía demasiado judía. Quizá sólo se trataba de un saludo amistoso [...]. Así que allí estaba sentado yo «en una colina primaveral» con una chica menuda, graciosa y vivarachita entre mis brazos. Nos besábamos y acariciábamos, y de vez en cuando un grupo de chicos pasaba a nuestro lado y nos decía alegremente que nos muriéramos.²²

En estas circunstancias, muy pocos activistas de la oposición se atrevían a seguir protestando y muchos de los que lo hicieron fueron reprimidos con violencia. En el primer año y medio después de asumir el poder, elementos de las SA adquirieron la costumbre de secuestrar a «malos elementos» y golpearlos hasta la muerte en sótanos de tortura. Después de la decapitación de las SA en junio de 1934, este terror esporádico y desorganizado se volvió mucho más eficiente bajo el liderazgo de las SS. En toda Alemania existían más de cincuenta campos de concentración, donde estaban internados cientos de miles de alemanes. Los prisioneros no eran exclusivamente luchadores de la resistencia. La mayoría eran ciudadanos que se habían atrevido a criticar al Gobierno en público o incluso (en algunos casos) que habían contado algún chiste a expensas de Hitler. Detrás del alambre de espino, los prisioneros se enfrentaban al hambre y a los trabajos forzados. Cualquier violación de las reglas se podía castigar con la muerte y muchos de los que atravesaron la valla electrificada para entrar en un campo no regresaron nunca. Un dicho popular decía: «Por favor, Dios mío, déjame mudo, / para que no ponga el pie en Dachau» (*Lieber Gott, Mach mich stumm, / dass ich nicht nach Dachau kumm*).²³

Fuera de los campos de concentración, los oponentes del régimen también estaban aislados y vivían bajo un terror constante. Aunque no se les detuviese, los podían despedir arbitra-

* En alemán en el original. Literalmente: «¡Judío, muérete!». (N. del T.)

riamente del trabajo. El largo brazo del Gobierno podía alcanzarlos a ellos, a sus familias y a sus amigos en cualquier momento. No se podía confiar en nadie. Cualquiera, por muy cercano que fuera, podía ser un informante de la policía secreta del Estado, cuyo nombre abreviado era Gestapo. En realidad, había relativamente pocos agentes profesionales de la Gestapo desplegados, muchos menos de los que se imaginaban los contemporáneos.²⁴ La mayoría de los informadores eran personas normales que ofrecían voluntariamente confidencias a la Gestapo: niños a los que se había lavado el cerebro en la escuela o en las reuniones de las Juventudes Hitlerianas, vecinos, amigos y colegas. Las motivaciones de estos informadores no eran sólo ideológicas —aunque desde luego tenían su importancia—, sino que también perseguían obtener beneficios personales. Conseguir el favor de las autoridades podía tener consecuencias significativas, desde asegurarse una promoción en el trabajo hasta facilitar el camino a través de los pasillos del poder.

Pero ésta no es la imagen completa. Los opositores al régimen no fueron meramente víctimas pasivas. En realidad, muchos de ellos fueron valientes, decididos y comprometidos. Inmediatamente después del desastre de 1933, grupos socialdemócratas y comunistas empezaron a reconstruir las antiguas redes de los partidos para formar células de resistencia en los vecindarios, los clubes y las fábricas. Muchos de estos grupos distribuían su propia propaganda a través de panfletos, periódicos y otros tipos de medios clandestinos, coordinados por líderes en el interior y exiliados. En especial los comunistas intentaron generar una actividad clandestina bien organizada de estilo bolchevique. Pero, según Peter Hoffmann, en 1935 «el periodo de actividad clandestina a gran escala ya había pasado. La Gestapo había aniquilado las diversas organizaciones».²⁵ De hecho, aquel año, los líderes y los miembros más activos de las redes comunistas meticulosamente organizadas estaban en campos de concentración, exiliados o muertos.

La razón no fue la incompetencia o la falta de experiencia, sino un problema estructural. Los comunistas, fieles a su creencia en la acción de masas y la resistencia popular, intentaron

construir una red de masas. Hubo muchas discusiones sobre «frentes unidos», colaboración entre células diferentes y una amplia distribución en fábricas y puestos de trabajo. Pero a medida que una red se extiende, la capacidad de sus jefes y cuadros con experiencia para filtrar a los recién llegados queda limitada, y con rapidez toda la organización crece fuera de control. Semejante descentralización puede ser una bendición en condiciones democráticas, pero no en una dictadura totalitaria. Cada recluta es potencialmente peligroso. Cada recién llegado puede ser un informador o un agente de la Gestapo. El hecho de que la mayoría de los alemanes simpatizaran con el régimen hacía que el peligro fuera aún mayor. Con cada miembro nuevo, crecían las posibilidades de penetración por parte de los servicios de seguridad, porque incluso los reclutas leales podían hablar involuntariamente con informadores. Un miembro arrestado siempre podía ser torturado hasta que identificaba a otros, permitiendo que la Gestapo siguiera los vínculos en la red hasta llegar a sus líderes.

Por eso, una red que era demasiado amplia, como la red comunista, estaba condenada a la destrucción. La Gestapo sólo tenía que esperar el momento oportuno. El único modelo que puede funcionar para provocar un golpe de Estado en condiciones totalitarias es el de un grupo elitista clandestino con acceso a armas, y un número muy limitado de miembros poderosos. Dichos grupos no existían en 1935. No se formarían hasta dos años más tarde, surgiendo no de los rivales de Hitler, sino de las filas de sus aliados, en condiciones muy inusuales y sorprendentes.